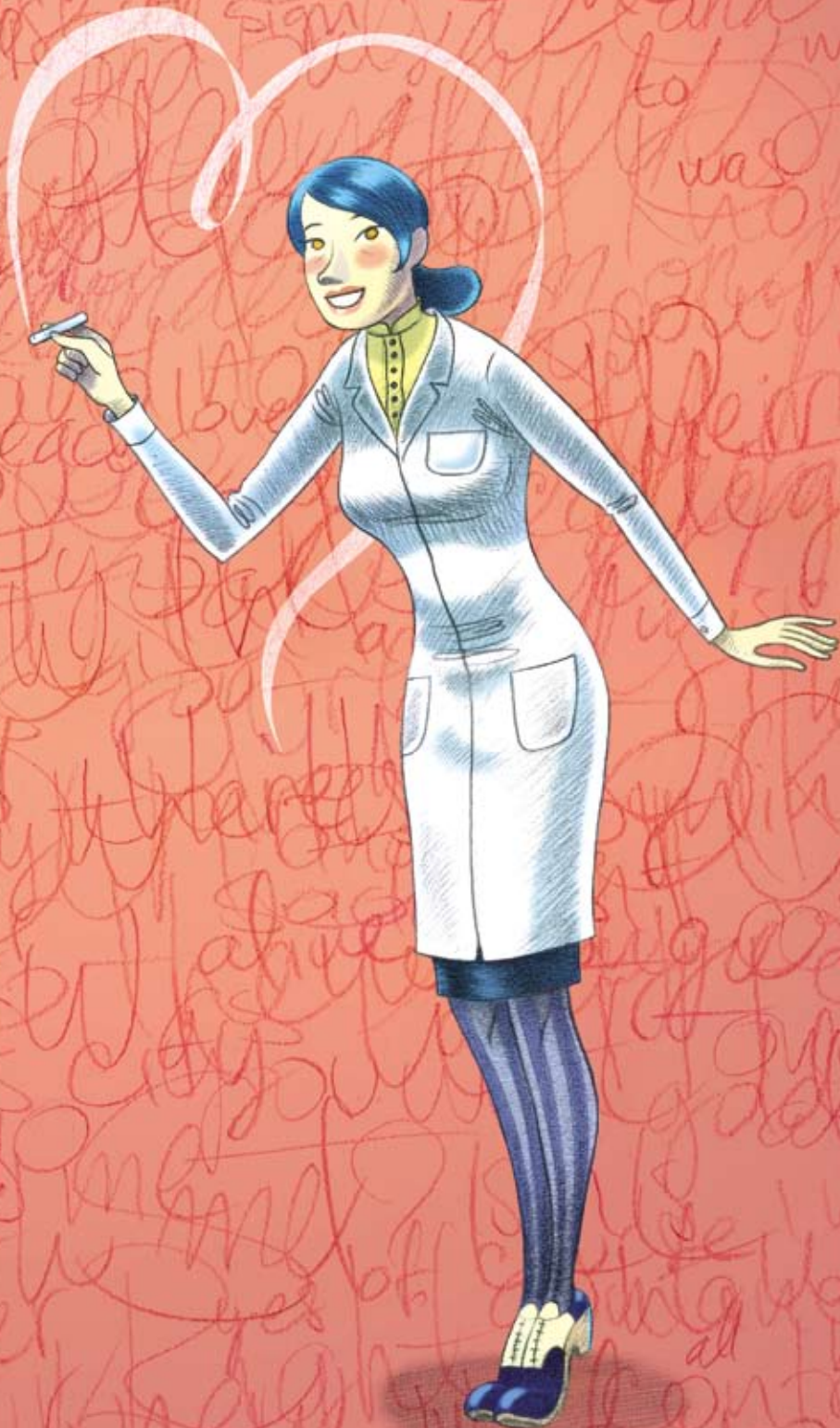


was made
to
was
love
legging
near
dream
and
ears
with
over
all
border



Presente profe, siempre presente



BRIGITTE LORENA ROZO ROCHA
META

Nací el 12 de febrero de 1992 en Villavicencio. En la actualidad estoy cursando el programa de formación docente en la Escuela Normal Superior de la misma ciudad.

Leo porque me gusta viajar y conocer el mundo a través de cada libro, ellos son como ventanas que al abrirlas me permiten sentir cómo la voz del autor me lleva a lugares desconocidos. Empecé a disfrutar lo que escribía cuando lo hacía por gusto propio y agradezco las noches que me susurraron momentos, palabras y deseos que en medio de la penumbra logré plasmar en el papel. Dedico este cuento a mi familia,

en especial a mis padres. También a todos aquellos que no solo me dijeron que había que escribir sino que me han hecho entender que primero hay que amar y reflexionar sobre lo que se hace. También a quienes me enseñaron a confiar en mí misma y en mis capacidades; a los docentes de la Escuela Normal Superior de Villavicencio, por haber contribuido tanto en mi formación académica como en mi crecimiento como ser humano.

Grado doce. Escuela Normal Superior. Villavicencio, Meta

Presente profe, siempre presente

BRIGITTE LORENA ROZO ROCHA

Estaba en el lugar de siempre, el “Café de mi tierra”, para mí el mejor café para empezar una mañana. Quedé perpleja al mirar su elegancia, su cabello corto y bien peinado, sus finos movimientos y su delicadeza al tomar el café en sus manos. Sin querer, recordé cuando tenía 15 años.

En medio del ruido que había en el salón, de un momento a otro cayó el silencio. De inmediato levante la mirada y allí estaba ella. Para ese entonces lucía el cabello recogido en un enorme moño, siempre llevaba esa larga bata blanca que sólo permitía observar su falda negra, sus piernas y zapatos raros. Tenía la piel clara, usaba poco maquillaje (a mi parecer no lo necesitaba), sonreía al mejor estilo de comercial de pasta dental y su voz era, simplemente, un canto celestial. Era la *teacher* Sofía, la nueva profesora de inglés. En realidad el inglés jamás fue mi fuerte, nunca supe si lo odiaba o le tenía miedo, aunque me inclino más hacia lo último. Pero en ese momento pensé que tal vez me empezarían a gustar los idiomas.

La *teacher* Sofía tenía cumplidos los cuarenta años. Era una mujer elegante al caminar, al vestir, al hablar y hasta al comer. Inteligente, leía cuanto periódico y revista se le atravesaba. Para ella

toda información podía ser valiosa, y la lectura era una de sus más grandes armas. Ojos café claros, piedras valiosas para mí. Sus manos, suaves como el terciopelo. Nadie dudaría que en algún lugar de ella existía la perfección.

Era a la vez extraño, molesto, placentero y desafiante lo que mi cuerpo sentía cada vez que la *teacher* Sofía me hablaba, me miraba, me sonreía o rozaba mi piel con la suya.

Pasaban los días y yo no podía afirmar algo que al parecer ya está muy claro, lo que sentía por la profe. No era la admiración que siempre existe hacia algún profesor, no era el mismo cariño, no eran las mismas miradas ni el mismo tono de voz con el que yo les hablaba a mis demás profesores. Pero no me atrevía a afirmar algo tan loco para mí en ese momento, simplemente porque no era yo. Quería creer que era otra la que sentía todo eso por la *teacher*.

Johanna, mi compañera de estudio, la única en la que podía confiar, era curiosa, arriesgada, enamorada, alegre y alcahueta, pero jamás discutimos algo respecto a mis sentimientos hacia alguien. Siempre estábamos más pendientes de las labores académicas. Pero aunque nunca lo hablamos, ella sí lo notó, y sin dudarlo un día me preguntó si a mí me gustaba la *teacher*. Recuerdo que la sangre me dejó de circular por un segundo, tragué saliva y bajé la mirada sin poder pronunciar palabra.

En ese momento solo esperaba que se fuera y me dejara sola, pero no fue así; se quedó, me habló, me apoyó y quiso ser cómplice de un amor oculto e imposible.

Fijé la mirada en un solo punto y sin pensarlo dos veces decidí decirle a la *teacher* lo que sentía por ella. La única condición era que Johanna me acompañara.

En este momento no recuerdo cuántas veces me llevé la botella de agua a la boca, solo sé que fueron varias, tanto así que en menos

de media hora ya estaba casi terminada. No sabía cómo empezar, cómo decirle que me gustaba, sí, que me gustaba.

Tartamudeé. El tono de voz era suave y lento –nos encontrábamos en la sala de profesores y nadie podía escuchar–. Las manos me sudaban y me temblaban, sabía que estaba pálida. Estando frente a ella quise arrepentirme y salir corriendo, pero preferí quedarme y acabar con este mal necesario de una vez por todas.

Fue un instante fugaz, suficiente para dejarme sin alientos. Aquellas palabras salieron camufladas en medio de un suspiro: “Tú me gustas, profe, y mucho”. Creo que entonces dejé de sufrir.

Johanna no podía creer que le hubiera confesado eso a la *teacher*, estaba feliz y sorprendida a la vez. Y en cuanto a la *teacher*, ni qué decir. En ese momento no fue tanto la sorpresa; Johanna ya le había adelantado algo. Pero yo me encargué de aclararle muchas cosas más. La profe insistía en que lo que yo sentía era una confusión de sentimientos, tal vez por la forma en que ella nos trataba o tal vez por mi edad. Pero yo quería hacerle entender que no era admiración, como ella creía, sino amor. Los consejos dentro de la charla iban y venían, la profe pretendía hacerme entrar en razón, pero ya no la tenía.

La amé, eso es lo único que puedo decir de aquella profe: que la amé. Jamás pude tener un beso suyo y siempre me venció el miedo de robarle uno. Ella sabía que era mi adoración y creo que no se le podía olvidar, pues yo trataba de recordárselo siempre que podía. Todavía recuerdo nuestras miradas coquetas mientras hablábamos sin que los demás compañeros se dieran cuenta. Yo le coqueteaba y ella me seguía la corriente como una niña pequeña. Solo que dentro de mí, el amor era verdadero; dentro de ella, un cariño de profe.

Creo que he terminado mi café. La señora de la otra mesa lo terminó hace ya varios minutos, conversa con otra señora que la acompaña. Tuve que retroceder un poco en el tiempo y mencionar aquel amor que dejé de ver al cumplir los diecisiete, porque la mujer de la otra mesa, si mi memoria no me falla y el corazón aún me funciona, ¡es la *teacher* Sofía Santamaría! El corazón se me quiere salir. Después de tanto tiempo vuelvo a ver a la única persona que me alegraba las mañanas con una sonrisa. Los tiempos han cambiado, tal vez ahora no piense que los sentimientos se confunden.

Pude ver cuando se levantó, detallé su rostro y efectivamente era la misma. Para mí seguía siendo perfecta. Tragué saliva dos veces seguidas, suspiré y de mis ojos querían brotar lágrimas de emoción. Como una acción involuntaria me levanté de la silla, me acerqué y con voz entrecortada le dije: “¿*Teacher* Sofía?”. Su mirada se perdió en los recuerdos y cuando me miró en uno de ellos un efusivo abrazo me dejó sin aliento, sin espíritu, sin vida, sin palabras. Su rostro reflejaba aún más emoción que el mío, era como si hubiese encontrado algo valioso. Nuestras miradas seguían siendo pícaras y coquetas, hablaban por sí solas, al igual que siete años atrás.

Pero todo el sueño de encontrar nuevamente a la profe, terminó cuando en medio de la sorpresa del reencuentro, dijo: “Perdona que no las haya presentado. Ana María, ella es Rocío, mi amiga de toda la vida y, en una semana, mi madrina de bodas. Rocío, ella es Ana María, una estudiante muy especial de hace algunos años. Por cierto, Ana María, estás cordialmente invitada. Me caso el sábado, ¡y no acepto un no como respuesta! ■